

## INFORME SOBRE LA BATALLA DE RIVAS DEL 11 DE MARZO DE 1856

TENIENTE CORONEL PEDRO BARILLIER (1)

Señor Presidente:

Tengo el honor de dirigir a V. E. el informe que me ha pedido sobre el combate de 11 de abril y sus consecuencias. Al atacar a nuestro ejército, de improviso y con fuerzas iguales, el llamado general Walker se había colocado en condiciones tanto más favorables, cuanto que sus soldados conocían perfectamente el campo de batalla elegido por su caudillo y que aún se les hacía difícil la defensiva en caso de un revés. El ímpetu con que se verificó el ataque, prueba que el mismo jefe de los filibusteros entró a la ciudad a la cabeza de éstos. En un instante los cuatro lados de la plaza y uno de nuestros cañones cayeron en poder del enemigo: pudo creerse un momento que iba a dar el asalto a nuestro cuartel general, pero presintió sin duda lo arduo de la empresa y se encerró en el terreno que había ganado. Tan buen éxito debido a tanta osadía podía sembrar el espanto en nuestras filas, pero la actitud firme y resuelta tanto de V. E. como del general J. J. Mora inspiró a los oficiales y soldados una confianza de buen agüero para el éxito de la lucha. Se presentaron al enemigo como si hubiesen ignorado su momentánea ventaja y en la hora en que este enemigo victorioso tocaba las puertas de nuestras casas, nadie pensó en promover medios de retirada. La resistencia, cuya inspiración se debía a la presencia de ánimo del General en Jefe del ejército, hizo vacilar al general Walker. A los primeros tiros el batallón de Santa Rosa volvió a toda aprisa del reconocimiento, que estaba haciendo en un punto opuesto al del ataque y se llevó sobre el flanco derecho del enemigo, mientras el general Cañas, eficazmente secundado por otros jefes atacó el flanco izquierdo con aquella resolución que afianza la victoria. Hubo de ese lado sangrientos combates y luchas cuerpo a cuerpo, no muy comunes en la historia de las guerras. Principiado el combate a las ocho, el enemigo quedaba aún a las nueve en actitud de tomar la ofensiva en toda la línea, pero a las doce se sabía en el cuartel general, que había sido arrojado de varias casas. A eso de las cuatro el comandante Alfaro llegó de La Virgen con su batallón y atacó resueltamente al enemigo, distinguiéndose del modo más brillante el capitán Caracas. A las cinco el fuego disminuyó. Cada uno debió contar sus pérdidas y preparar los elementos de una nueva lucha. Esta especie de tregua tácita duró hasta muy adelante en la noche. Al amanecer nos ocupábamos en levantar algunas trincheras, con el objeto de poner al abrigo de una sorpresa el cuartel general de V. E.

El enemigo inquietó poco a nuestros trabajadores, pero es probable que nuestras disposiciones defensivas no le hicieron augurar nada bueno para el día siguiente. Apurados por el incendio de las casas que ocupaban algunos filibusteros, atravesaron la plaza a eso de las dos de la mañana: una descarga general de aquellos soldados nuestros, cuyo fuego alcanzaba ese lado de la plaza, acogió este primer movimiento de retirada, y hubo de dar al enemigo un golpe, porque una hora después se resignaba a una retirada definitiva. No omitiré decir a V. E. que inmediatamente después del toque de diana los gritos de victoria y "*mueran los filibusteros*", proferidos por nuestras tropas, contribuyeron a sembrar el terror entre los contrarios. No obstante, no fue sino al despuntar el día, cuando nuestros soldados con una carga a la bayoneta, deshicieron a los últimos filibusteros y empezaron a recoger sus tropas. Dos tambores, más de 300 armas de fuego y algunas armas blancas, se encontraron en el mismo teatro del combate, pero lo que indicó más que todo, el desorden de la retirada del enemigo, fue el abandono de 15 o 20 heridos, que cayeron en nuestro poder. Los informes conseguidos después de la victoria, tienden a probar que el ejército del llamado general Walker ha sufrido entre muertos y heridos, pérdidas superiores a las nuestras.

Este es, señor Presidente, un resultado que importa conste después de los inmensos sacrificios, que nos fue preciso hacer para arrancar al enemigo una victoria, en la que pudo creer durante una hora. Así es que, tanto en razón de las primeras ventajas de los filibusteros, como de las dificultades vencidas, el combate del 11 de abril hace el mayor a las tropas de V. E., siendo uno de aquellos que aseguran el porvenir de una campaña. Es evidente, que nuestra victoria nos abría las puertas de Granada, al mismo tiempo que difunde hasta hoy el terror entre nuestros enemigos ya muy distante, pero creo que fue muy prudente no perseguir a estos. No fue sino muy tarde y poco a poco, que pudieron obtenerse datos precisos acerca de la situación. Tanto la humanidad como las reglas de la guerra, nos obligan a permanecer en la plaza de Rivas al alejarnos de una ciudad, que contenía nuestros heridos y cuya posición estratégica es tan importante. ¿No era indispensable dejar en ella fuerzas imponentes? ¿Y no sería imprudente dividir nuestro ejército en presencia de un enemigo reducido a la desesperación y que dispone de medios de transporte tan rápidos y eficaces? Siento, señor Presidente, no haber podido dar aquí más lugar a los héroes de tan sangrienta lucha; la abnegación del general Quirós, del comandante Corral y del capitán Alvarado: la decisión del comandante Alfaro, la intrepidez de los capitanes Caracas, Zenón Mayorga y Joaquín Fernández, y en general el valor a toda prueba de la oficialidad casi entera, son para el ejército costarricense recuerdos imperecederos de gloria y

¡cuánto celo y acierto en los inteligentes cuidados prodigados a nuestros numerosos heridos, por el señor cirujano en jefe doctor Carlos Hoffman!. Tal es, señor Presidente, el aspecto bajo el cual se me han presentado los últimos sucesos de esta guerra. V. E. Advertirá, que he procurado dar a mi informe tal carácter de veracidad que el mismo enemigo no puede contradecirle. No es un boletín de ejército, sino un bosquejo histórico. Con la seguridad de que he llenado un deber y cumplido con las intenciones de V. E. os suplico, señor Presidente, aceptar la expresión del profundo respeto con que tengo el honor de ser de V. E. muy humilde y obsecuente servidor. –

*Pedro Barillier.*

NOTA:

(1) El teniente coronel Pedro Barillier, de origen francés, fue uno de los jefes del ejército de Costa Rica. Llegó a Rivas poco antes de la batalla del 11 de abril de 1856. Según el presidente Juan Rafael Mora Porras, el día de la batalla se desempeñó activamente y con gran inteligencia. Se le encargó dar un parte detallado de la batalla.

Fuente: Lorenzo Montúfar. "Walker en Centro América" (2 edición, corregida e ilustrada). Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. 2000.